

EN BUSCA DEL GRAN DESCONOCIDO

Hay quienes sin saberlo adoran a un mito, pero no al auténtico Dios

— "Tarea a realizar: fuego y crisol, purificación constante, renovación"

En el mes de febrero cortamos la entrevista con el padre Aparicio por razones de espacio. Temas apasionantes, de actualidad, quedaron en los archivos de redacción. Hoy salen a la luz con la seguridad de orientar, de arañar tal vez un poco la fe «tradicionalista» de nuestros lectores.

—¿Qué opina, padre?: ¿puede haber sido la religión un producto de la cultura?

—La religión se comunica y se manifiesta a través de la cultura. Cuando el elemento cultural se eleva a la categoría de religioso se personifica, se diviniza, tenemos el mito, la magia, la idolatría.



P. Aparicio

Dos elementos podemos distinguir en el fenómeno religioso: uno humano, y divino el otro.

De creación divina es el contenido religioso que trasciende al hombre, a todo hombre y a toda civilización; es lo inmutable, lo eterno de la religión; lo que especifica la religión; es una realidad que le viene dada al hombre y con la cual se encuentra: la manifestación de Dios a través de los datos revelados y la manifestación de «dependencia —religación— respecto a un Ser Supremo que se descubre en la naturaleza contingente del hombre. Ambos órdenes, el de la naturaleza y el de la gracia, son obra de Dios. De ellos derivan los únicos principios inmutables, valederos para todos los hombres de todos los tiempos, culturas, lugares o espacios.

También la parte humana, la obra del hombre, con las huellas de su caducidad, intervienen en el fenómeno religioso. Es lo que bien pudiéramos llamar «producto cultural», elementos meramente históricos —símbolos, lenguaje hablado, escrito,

mímico, costumbres—, vehículos creados por el hombre y a través de los cuales comunica, manifiesta y vive su religiosidad, la hace presente en el tiempo —encarna— de acuerdo con el genio e impronta específicos de cada pueblo y de cada época.

Pero el peligro de idolatría acecha de continuo al hombre, a ese hombre de la antigua alianza, miembro del pueblo elegido, prevaricador constante en el desierto y en la ciudad. Y —¿por qué engañarnos?— tampoco está exento de ese peligro el cristiano, el hombre de la nueva alianza.

Desde el momento en que los medios —prescripciones, costumbres, etc., por muy obligatorias y aptas que hayan sido en tiempos pasados para conducir a lo divino— envejecen, han pasado con su cultura e incluso se convierten en obstáculos en lugar de ser vehículos de una vida, hay que eliminarlos, aunque estemos muy apegados a ellos, cueste lo que cueste. Si en vez de desprendernos de ellos como de hoja otoñal o camisa inservible nos aferramos en buscarles razón de ser en sí mismos, les damos carácter de fines, los elevamos al grado de necesidad y obligatoriedad, con matiz de divinidad intocable, con aires de sacralidad, nos hemos introducido en el Olimpo, en el santuario de la mitología, como nuestros padres de la antigua alianza. Por caminos distintos podemos llegar al mismo término.

Más aún, al reducir la religión —consciente o inconscientemente— a elementos meramente culturales desembocamos fatalmente en la irreligiosidad, en un ateísmo práctico, incluso de votos solemnes y de instituciones llamadas religiosas, de las cuales no queda más que el nombre: nominalismo diletantista, ya que se ha quedado con los símbolos, lo que solamente era un vehículo, un medio, y se ha perdido el auténtico significado, el contenido, el espíritu, la corriente de vida religiosa.

Tarea a realizar: fuego y crisol, purificación constante, renovación. Búsqueda afanosa de esos hilos divinos de la religión que deben atravesar, iluminar y purificar el devenir incesante de culturas y civilizaciones de todas las épocas.

Dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Sin atribuir a Dios lo que es del César, y como él, caduco, transitorio. Ni al César imputarle lo que es de Dios, porque entonces se puede caer en el espejismo ilusorio de que cuando muera el César vamos a enterrar a Dios.

—¿Cómo ve usted al cristiano del año 2000?

—A medida que en el cristianismo vayamos separando el grano de la paja, el trigo de la cizaña